

O. SALZZÚ BENAVIDES

EL ESTIGMA **de los tiempos**



Bosquejo de novela
regional, escrita a
guisa de diario

ENERO - 1938

O. S A L Z Z Ú B E N A V I D E S

EL ESTIGMA **de los tiempos**



Bosquejo de novela
regional, escrita a
guisa de diario

ENERO - 1938

PALABRAS INICIALES

Chiloé, la región más olvidada del país

El susurro de las hojas que a veces espolvorea el viento de verano, el luto de un cielo encapotado de nubes traicioneras, la belleza única de sus paisajes múltiples, como el toque melancólico y habitual de la campana del pueblo que llama a la oración, nos ofrecen una página blanca que es imposible eludir.

Chiloé, ha sido siempre el tema favorito de escritores y poetas.

Muchos de sus hijos en su anhelo de verla reivindicada de sus dolores, han descrito, acaso con muy buena intención, sus bellezas en lo plácido, en lo romántico de sus islas y canales.

Por debajo de todo, sigue sangrando una verdadera tragedia económica social ingrata de precisar y que afecta a la casi totalidad de los pobladores.

Es el dolor centenario de una parte de nuestro país alejado de todo medio de culturización superior y mantenido por el veneno sistemático de cierta secta religiosa que se enseñorea en cada isla, en cada casa, en cada escuela...

Fué descubierto por don García Hurtado de Mendoza, sirviendo de oportuna inspiración al poeta que lo acompañaba:

Aquí llegó donde otro no ha llegado.
don Alonso de Ercilla, que el primero
en un pequeño barco deslastrado
sólo diez pasó el desaguadero.

El año cincuenta y ocho entrado
sobre mil quinientos, por Febrero
a las dos de la tarde de aquel día,
volviendo a la dejada compañía.

No se incorporó a la república independiente de Chile, sino hasta 1826, cuando don Ramón Freire, en su segunda expedición, aniquiló las fuerzas realistas de Quintanilla en Pudeto y Bella-Vista.

Miles de posibilidades en todos los órdenes guardan los habitantes de estas islas cuyo origen geológico habla de hundimientos y grandes cataclismos que se pierden en la historia de los mundos. . .

El Llano Central muere en un laberinto de plateados canales, la Cordillera de los Andes se abraza al mar en inmensas moles cortadas a pique, mientras la Cordillera de la Costa bate su última cumbre a lo largo de la Isla Grande con el nombre de Cordillera de Pichué.

La distribución misma del suelo en caprichosas agrupaciones de islas, como los distintos medios de vida que substancialmente difieren del resto del país, alimentan un lenguaje de rara terminología que sorprende y hace meditar al estudioso.

Sin embargo, otros impregnados de una superficialidad común, no trepidan en poner sello de inferioridad a esta región que bien merece captar todos los adelantos del Siglo para poder desenvolver en el propio terreno, el Arte y la Cultura con todas sus manifestaciones como la genuina expresión de su realidad social.

Dentro de este medio se desarrolla el presente relato o ensayo de novela.

EL AUTOR

I

La luna llena sonreía detrás de los álamos del camino. Proyectaba una luz suave, excesivamente pálida que se perdía en la penumbra de los valles más allá del estero en donde se levantaba la vieja capilla.

Los últimos botes aún no regresaban de la pesca. Las carretas rechinaban a lo lejos como fatigadas de cansancio.

Con el aliento entrecortado me detuve frente al boliche; traía el alma despedazada, sentía hambre, sueño. Por mis mejillas de niño de seis años habían corrido muchas lágrimas, tan abundantes como amargas.

—Un paquete de velas, señora, dije acotándome al mostrador. Mi voz era trémula, impregnada de incertidumbre.

Las primeras estrellas se reflejaban a lo largo del angosto y tranquilo canal de Dalcahue decorando a esa inmensa vena líquida que separa la Isla Grande de las otras más pequeñas que forman el Archipiélago de Chile.

Bastante tarde. Empezaba a oscurecer con lentitud y suavidad de las noches de verano.

Con el paquete entre las manos eché a correr por la playa solitaria. Parecía un prófugo nocturno, un animalejo que corría en busca de su madriguera.

Luego ladraron los perros al borde del barranco. El Sultán me esperaba saltando de alegría.

— ¡Mi perrito! exclamé acariciándolo fraternalmente por los lomos. ¿Está mejor Fidelita? — ¿Verdad que mamacita no muere?—

El perro corría y saltaba cada vez más alegre a medida que nos acercábamos a la casa.

Dos años que Fidelita no podía trabajar. Una tos rebelde, fruto de una aguda tuberculosis, la consumía incesantemente. Las duras tareas campesinas y el trato bestial que recibía de parte de los suyos la agravaban cada día. Guardaba cama cerca de tres semanas y media y la hora fatal avanzaba sin demora.

Confieso que por primera vez presenciaba la tragedia amorosa de una madre. Tragedia egoísta, estúpida, como todas las de su clase.

¿Sería ella la única culpable? — ¿Quién o quiénes entonces?—

La farsa del mundo se reflejaba en ese último rincón de mi pueblo. El mundo es egoísta. La civilización es farsa. Somos egoístas y farsantes, civilizados y estúpidos. . .

Fidelita, mi madre, descendía de padres jornaleros, de esos padres jornaleros sin patria y sin abrigo, que exigen reivindicaciones en las puertas de los rascacielos diplomáticos.

Había sido obrera desde los trece años y explotada en sus propios afectos. Entonces ganaba su salario, vestía regularmente y hasta paseaba los Domingos.

El patrón, burgués perfumado y canalla, debía hacerla su presa favorita. Cumplía apenas diecisiete años y la muchacha demacrada, con los ojos llenos de lágrimas, tuvo que escapar de las amenazas de la patrona, llevándome apretujado contra su corazón.

¿Adónde ir? Las puertas de cuantas casas amigas tenía en el barrio se cerraron a su paso. Era una mala mujer. Había tenido un hijo. ¡Y qué tonta todavía! . . . Para conservar su prestigio de mujer honrada,

por qué no me abandonó en algún sitio solitario e insospechado?...

Retornó al campo dispuesta a esconderse de vergüenza, a luchar junto a la tierra, a conquistar el perdón de los suyos.

¿Su hijo? —¿El pobre Julio?— Fué el paria, el estorbo, la vergüenza de la familia.

La enfermedad siguió entre tanto en su obra fatal y destructora. Una mañana, la más triste de mi vida, cuando sus gestos, su voz, su apetito, presagiaban un alivio seguro, se estremeció como herida por un rayo.

—Me muero, hijo, gritó apretando con sus manos huesudas y afiebradas a las "sabanillas" (1) que la arropaban.

Un estertor de muerte llenó toda la casa. Las mujeres abandonaron el fogón donde humeaba aún la ollita con substancia.

—Enciendan una vela bendita.

—Dónde quedó el crucifijo. . .

—Qué barbaridad, va a morir así. . .

Una cantidad de cosas, de palabras que ya no recuerdo. Aparatos para mitigar el dolor de algunos corazones heridos.

—Ahí está el libro, compadre, que hace.

—Kyrie eleison.

—Christe eleison . . .

—Todos los santos ángeles y arcángeles rogad por ella. . .

—Qué la perdonéis, os rogamos nos oigáis. . .

—Sal, alma cristiana de este mundo, en nombre de Dios Padre. . .

Sus ojos fijos miraron al cielo despiadado, sus energías acababan para siempre.

(1) Tejido de lana de oveja muy fino que se usa como cobertor.

Enloquecido de dolor me arrojé sobre aquellos brazos descarnados. Acaso reclamaba un testamento, una palabra de consuelo, una última caricia para llevarla como un sello imborrable por todos los caminos; no sé...

Pero la carne moribunda pareció iluminarse de nuevo, los labios helados por el frío de la muerte se entreabrieron para lanzar una queja lastimera que sólo más tarde pude interpretar: **TU NI YO SOMOS CULPABLE; LA SOCIEDAD SE ENSAÑA CONTRA NOSOTROS POR BOCA DE LOS PARIENTES Y AMIGOS... ESTUDIA SI PUEDES, MEDITA, LUCHA, DESTRUYE...**

Al día siguiente, con la pomposidad que exigen las ceremonias religiosas, el féretro se perdió en los recodos del camino al compás del *Miserere mei Deus*...

Lloré como loco, caí al suelo trémulo y sin sentido, junto al Sultán, mi amigo querido, que ahora aullaba de terror.

Después en la cama, aturdido y sonambúlico, traté de interpretar la última queja de mi madre idolatrada; pero a lo lejos, en los recodos del camino, como una mortífera saeta, rebotaba apenas perceptible: *Miserere mei Deus*...

II

... ¿Y qué dices Froselia? —¿Habrá que mandar al chico?—

La buena señora agachaba la cabeza con ojos entristecidos.

—Lo creo necesario, volvió a repetir Isaac. No tiene pantalones; le hace falta una camisa, algo es que el mismo se lo gane y ayude a este pobre viejo.

Froselia como si quisiera prepararme para un largo viaje, lloraba en silencio reteniendo, muchas veces, una lágrima que ardorosa debió correr por sus mejillas.

Contaba yo doce años; pero aparentaba tener nueve. Era raquítico y huraño, sin dejar de ser fuerte para todos lo sufrimientos.

Corrían los primeros día del mes de Abril. La casuca solitaria extendida de norte a sur se levantaba al final de la pampa donde pacían ovejas y los chanchos.

Al frente, como remedando las vueltas del cercado, seguía el camino público hollado por el ir y venir de los animales y las carretas.

El otoño hincaba sus garras en todas partes. El álamo de la tranquera, inmóvil como monje arrepentido; doraba su larga copa mostrando sus brazos desnudos que parecían clamar al cielo infinito.

El viento ahora más fuerte, despiadadamente se colaba a través de las ropas de los campesinos, dificultándoles su diaria labor.

Las chacras de papas, pequeñas unas, grandes otras, empezaban a sentir nostalgia por sus verdes hojas desaparecidas.

Los camellones largos y paralelos, caían ante la opresión brutal de los "gualatos" (1).

Los campesinos reían satisfechos en presencia de los numerosos tubérculos que, como soldados en la guerra, iban quedando a lo largo de las melgas abiertas por el arado.

La señora Froselia, mi madre-abuela como yo la llamaba, quería verme en otro ambiente: pero cuando fuera más crecidito.

Ahora era tratado con más cariño, con cierta suavidad característica. Tal vez representaba para los veteranos una esperanza en sus años de vejez, esperanza que hacía converger todos los cuidados en bien de este muchacho huérfano, abandonado al mundo como guiñapo despreciable.

Habían transcurrido varios años desde la muerte de Fidelita, pero el recuerdo de esa larga y significativa queja que lanzara al espirar me llenaba de cavilaciones.

A veces gemía melancólicamente, con la vista fija en un punto impreciso, sin encontrar un consuelo a mi manifiesta desventura. Sólo el Sultán, viejo y canoso ya, parecía apiadarse y me lamía las manos y la cara...

Por otra parte, el amor de abuela mal comprendido le obligaba a retenerme en sus brazos, a colmarme de caricias.

Es tan chico y cuánto tendrá que sufrir, pensaba. Pero la situación de la familia era cada vez más desesperante. Isaac, sin dinero para costear consultas y remedios, empezaba, obligado por la necesidad, a vender las vaquitas y ovejas del corral.

En tales condiciones había que acceder a la peti-

(1) Azadón antiguamente de madera y hoy de fierro, muy usado en las provincias del sur de Chile.

ción de don Mateo San Martín, quien quería llevarme en carácter de mozo, durante cuatro años por lo menos.

La noche agonizante mostraba sus lágrimas cristalinas pendiente como zarcillos en las hojas de los árboles.

Todo estaba arreglado y este era el día en que debía seguir a mi nuevo amo. Mi abuelo lo había sido hasta esta fecha.

Los caballos atados en el "palenque" (1) de tres herraduras, esperaban impacientes.



Caminamos toda la mañana casi al galope de las bestias. El cielo vestido de inmensas nubes negras, lagrimeaba gruesos goterones. Soplaban un viento huracanado, norte tal vez a juzgar por la fuerza con que llovía. El mar, furioso y hambriento, bramaba al chocar con el acantilado de la costa: quería víctimas, lanchas, botes.

Una bodega con letreros: **COMPRO PAPAS. TABLAS DE ALERCE. CUEROS**

El mar lamía sus pilotes viejos y roídos sobre un lecho de espuma y burbujas alborotadas.

Los caballos atados bajo un árbol, yo junto a ellos, mojado, tiritando...

Llovía siempre igual... Viento, frío.

La llanura incommensurable se extendía a mi vista, larga, ondulante, enigmática, como un proscenio de fakires venidos de no sé dónde. Empezaba a oscurecer.

(1) Palo horizontal que se coloca en el patio de las casas al cual se le clavan herraduras y sirve para atar con mayor facilidad.

Un grupo de chicos, mojados como "liles" (1) en el mes de Agosto, vertieron miradas de consuelo en presencia de aquel duro cuadro de vida isleña donde yo era el personaje principal.

Se fueron haciendo volar al viento sus hilachas. Miré a todos lados.

Eran alumnos de una escuela primaria y aunque habían andado una legua y media les quedaba más de siete cuadras para llegar a sus hogares.

El recuerdo de los míos vino luego a mi memoria; pensé en Sultán, en mi abuelita, en mi madre prematuramente desaparecida.

¡Quién pudiera olvidar todo lo pasado para entregarse ciego al dolor o a la alegría del presente!

Con los ojos envidriados por el llanto contemplé aquel paisaje triste y monótono de invierno. Miré a la derecha y hasta mis oídos llegó el bullicio de la cantina, golpes en la mesa, ruido de copas y botellas, palabras deshonestas.

—Arriba.

—Te ofrezco...

.....
—Tengo dos pares.

—Bueno, pues, hombre; llevas uno.

El patrón borracho permanecía ahí desde las once de la mañana.

Ni una voz cariñosa que dijera: Pobre Julio, pobre chico... Me acurrugué debajo de la bodega y me dispuse a dormir.

El mar embravecido, el viento y la lluvia en esa noche verdaderamente invernal, parecían entonar un terrible "Dies irea" (2) que repetían las sombras lúgubres y amenazadoras.

(1) Ave nadadora que muere con frecuencia en el mes de Agosto debido a los fríos y fuertes temporales que azotan a la región sur.

(2) Loc. lat. que significa "día de la venganza". Canto fúnebre católico que presenta un terrible cuadro del juicio final.

Dormí minutos . . . no sé. Ni soñé siquiera, porque los pobres ni siquiera podemos soñar . . .

De súbito desperté semi-aturdido y al verme solo grité y lloré como loco.

El miedo de morir de frío, de que me robaran los caballos.

A los gritos corrió en mi auxilio, Teresa, la hija mayor del cantinero.

Yo lloraba y gemía con odio, con rebeldía, mascando los insultos que querían escaparse de mi boca.

El dolor del abandono.

La muchacha me estrechó en sus brazos. Con la piedad maternal de la niña que prematuramente quiere ser madre, me besó en la cara peluda por el frío, por tres veces consecutivas; pero el contacto de esos labios cariñosos, extraños, no podían consolarme.

Apoyado en el brazo protector de Teresa, chapaleando entre los charcos, bajo el cantar incesante de la lluvia, nos perdimos en la obscuridad.

El mar seguía bramando como pasa en Chiloé Insular durante la época de largo invierno.

De noche.

En un poste del fogón quedé dormido largo rato, mientras en la cantina los hombres bebían hasta emborracharse, cantaban descompasadamente, unos reían, otros renegaban.

Estas fueron las primeras lecciones que me ofreció la vida. El aprecio y el cuidado del patrón para con los mozos. La cantina, la degeneración legal, la explotación autorizada, la pendiente para los infelices que caen en sus garras.

Al día siguiente, después de una noche más o menos feliz, gracias a los cuidados de Teresa, pude continuar el viaje con algunos bocados en el estómago.

El patrón, sucio y ojeroso, borracho todavía, emprendió la marcha sin argumentar palabra.

Habíamos caminado tres horas y aún no llegábamos al puerto. El trayecto pasaba ante mis ojos como una soberbia cinta cinematográfica, con sus playas arenosas, sus barrancos y colinas redondeadas como co-

nos trancos, que iban dando aparentemente la impresión de algo conocido.

Los caballos trotaban. Un día espléndido. Hojas muertas. Árboles destrozados.

El camino como una serpiente negra, interminable.

III

Paisajes nuevos acariciaron mis pupilas dormidas por el cansancio. Tres o cuatro días en los quehaceres domésticos y luego el mismo trato bestial que a los inquilinos y mozos.

Ese día salimos temprano como de costumbre; en la "ranfla" (1) crugían los alerces cual si fueran casas viejas azotadas por el viento. Varios caían hecho trizas rodando como ciegos en busca del abismo.

Un grupo de obreros debía armar la balsa de doscientos durmientes por lo menos. Pasaban días malos, lluviosos, el trabajo nunca se interrumpía.

Vivía cerca de tres meses entre estos hombres esclavos del salario. Hombres de pelo largo y sedoso, harapientos; calzados con ojotas hediondas y peludas. Diríanse viejos orangutanes domesticados.

El río Puelo rápido y caudaloso en épocas de crecidas corta a la Cordillera de los Andes desde el mismo límite argentino. Deja en sus riberas fértiles valles, fuentes inagotables de riqueza tanto en lo que se refiere a la agricultura como a la ganadería. Sirve de vía fluvial (botes pequeños) que aprovechan los vecinos de "Llanadas Grandes" (2) para adquirir en su patria

(1) Plano inclinado que se utiliza para arrojar madera de los cerros.

(2) Extensiones de suelo chileno que se encuentran allende los Andes y un poco al norte del paralelo 42 latitud sur.

lo más necesario para su subsistencia (harina, ají, sal, calzado, ropas, etc.) y otros trámites de urgencia ante las autoridades (anotar nacimientos, defunciones, inscripciones militares, pago de impuesto, etc.).

Los maderos caían amontonados en el remanso. La corriente arrastraba la balsa hasta el aserradero. Cuatro hombres arriesgaban sus vidas: mojados, entumecidos, por adquirir la ración de los suyos.

El aserradero estaba ubicado junto al mar, frente a la única escuela pública de los alrededores. Destinada a servir a los modestos campesinos y a las familias de obreros, permanecía abandonada por las autoridades educacionales. Nadie, a excepción de las maestras, se interesaba por un mejor funcionamiento.

Lanchas veleras conducían a Puerto Montt el trabajo acumulado de los obreros: tablas, listones, durmientes.

En estos apartados rincones de cordillera muere toda iniciativa, toda inquietud intelectual. Las gentes son fanáticas en materia religiosa y creen a pie juntillas en la Omnipotencia del Dios Vivo.

El fardo cerrado de sentimientos religiosos, los bestializa en vez de espiritualizarlos; los empuja a cargar armas contra la cultura, el arte, y principios más elementales de progreso.

Antes que arreglar las ventanas y las puertas de la escuela, único faro que irradiaba cultura en esas latitudes, se reunieron bajo la presidencia de un viejo Inspector de Distrito, a fin de iniciar un trabajo que no se dejaba esperar: la construcción de una iglesia.

"La primera autoridad": que así se hacía llamar el Inspector, señor Eduardo Letelier, conocido entre sus correligionarios por don Guardo, era un caballero de modales aristocráticos que vivía sin más entradas que unos cuantos pesotes fruto de una jubilación fiscal.

Parece que había nacido para mandar, o mejor dicho, para oprimir a grandes multitudes como un Hitler o un Mussolini.

Aferrado a la Inspectoría del Distrito, acaso con la misma bestialidad de un pulpo rabioso, notificaba a ca-

pricho a los empleados públicos, sobre todo a las maestras de escuela.

Las autoridades, sorprendidas por palabras de buen tono, procedían casi siempre. Un caballero prestigioso, un lunar entre los modestos campesinos. . . .

Cuando salía de paseo a casa de sus relaciones apoyándose en su grueso bastón, brindaba sonrisas y chistes a la deriva. Cualquiera veía en él a uno de esos angelitos materializados por obra de la Divina Providencia. ¡Qué desilusión! ¡Qué engaño! ¡Qué hipocresía más refinada!

Haciendo contraste con toda esta fealdad humana, la naturaleza exhibe sus cuadros más preciosos. El estuario del Reloncaví se muestra tranquilo adornado de islotes pequeños donde anidan las gaviotas y las gualas. No hay playas en varias partes. La cordillera cortada a pique se hunde perpendicularmente en medio de una vegetación exuberante. Donde se mire hay un panorama salvaje cuajado de misterio. Cascadas que se desgranaban como copos de nieve envueltas en una nube de vapor; el río Puelo culebreando entre las rocas y las casas de los nativos techadas con rojos alerces; el pueblo de Cochamó perdido en la distancia y como vigilado por los cerros que lo circundan.

El invierno fué cruel y tempestuoso. Sin embargo yo permanecía cerca de ocho meses entre aquellas gentes que sin saber por qué motivo llegaron a tomarme simpatía. Deseaba reunir algunos centavos para regresar a casa de mis abuelitos. Pobres veteranos. ¿Qué pensarían?

Había llovido y nevado sin tregua. Nos encontramos a mediados del mes de Junio y ya nadie dudaba que el invierno pesaba sobre nuestras cabezas.

El paisaje tomaba ahora un dejo de tristeza y se reconcentraba humedecido con tímido recogimiento. Un ruido como de avalancha se dejaba sentir en todas partes, el Estuario rugía mostrando olas inmensas que descargaban su furia diabólica contra los peñascos y coigües del acantilado de la costa.

Transcurrían los días y las noches y la escena iba

tomando caracteres alarmantes, sobre todo cuando el viento arremolineado del norte se precipitaba con fuerza desde el Petrohué.

Los Cululíes (1) aunque viejos y canosos, dejaban caer la nieve de sus laderas produciendo pánico entre los habitantes

"Va a continuar el mal tiempo", argumentaban los vecinos, mientras el estrépito del derrumbe en las del viento loco iba a hundirse como un mensaje de amor en las nieves eternas del Yates, dormido desde mucho tiempo.

Se tomaban algunos mates, se comentaba el modo de vivir de algún vecino de la localidad y, mientras la lluvia rasguñaba a la pared, un mozo entonaba un estilo (2) conocido a la luz de los coigües y huellas humeantes (3).

(1) Dos conos andinos que se levantan desde el mismo Estuario de Reloncaví muy próximos a la desembocadura del río Petrohué, desaguadero del lago Todos Los Santos.

(2) Canción de acento lúgubre de uso exclusivo del gaucho de la pampa.

(3) Roble pequeño. También se le atribuye este nombre a la madera de color blanquecino que sigue inmediatamente a la corteza del alerce y que es de corta duración.

IV

—A las convidás (1) si acaso querís.

—Nó. Yo te corro a la chilena, con el marca Paloma y sin maula. A sí se corre en mi tierra —decía un afuerino mientras gritaba golpeando la pared—: ¡Amcharí!... (2) ¡Tocuyo!... Tráete otra botella.

Dos guitarras desgranaban las notas de un vals. La callejuela se poblaba de caballos blancos, castaños, rocillos, negros...

—Salud... Sírvase un trago de chica, amigo, éh...

—Ate el "flete" (3) al palenque y se verá más chico.

¡Dónde estás que no te veo
alivio de mi tristeza,
si yo te mando a la barriga
por qué subes a la cabeza?...

Algunas estrofas parecidas y el líquido desaparecía pronto de las botellas.

—Toca una cueca, ché.

—Nó, si ya me voy...

—Andáte entonces. A la miér... coles que vamos a quedar pocos. Parece que nunca ha andado usted en "pedo" (4) amigo, éh.

(1) Forma de hacer partir los caballos en la carrera y que consiste en una invitación mutua que se hacen los jinetes cuando los caballos van en igualdad de condiciones.

(2) Voz árabe que quiere decir: soldado; pero que aquí se empleaba queriendo significar, amigo, camarada.

(3) Palabra argentina que se refiere al caballo bueno y ligero.

(4) En la Argentina andar en borrachera.

—No es lonja del mismo cuero, ¿sabe? . . .

En ese día se habían realizado carreras de caballos y las gentes, como de costumbre, después de estos acontecimientos se dispone a beber hasta emborracharse.

Acompañado de dos obreros del aserradero quisimos también darnos un rato de solaz. Sin escatimar sacrificios, nos correspondió bogar más de dos horas para llegar a Cochamó.

Por segunda vez observaba el cuadro que presenta la cantina. Mis compañeros habían desesperados como si todos los barriles estuvieran próximos a vaciarse.

El pueblo es precioso, hay varias casas agrupadas, un templo de campanario meditabundo, pocos edificios fiscales: Aduana de Frontera, Retén de Carabineros, Policlínico del Seguro Obrero.

La casa del "turco Antonio", ubicada en la calle de la Marina, constituía el decorado obligado para las escenas bacanáticas de ese día.

Su dueño vive solo, preocupado en arreglar la huerta, en cuidar las palomas y en atender la cantina cuando cae algún "zorzal".

Es un hombre de regular estatura, vientre abultado y bigotes largos y tiesos; corre de un lado para otro atendiendo a su numerosa clientela.

—¿Quién "jode"? (1). Ya voy. A la vez que salían de su boca un chorro de palabras deshonestas; pero dichas con tanta gracia que nadie dejaba de reír.

Parece que le gustaban las jerarquías aunque creo lo hacía con el propósito de llevar mejor el control de las botellas despachadas.

En la pieza del mostrador junto al barril de chicha de manzana y el de vino, más los cinco cajones de Cerveza "Lager" traídos de Puerto Montt, atendía a los calzados con ojotas y perneras crudas de chiva; en la sala del medio, pequeña e insalubre, a los amigos de su confianza; y, en la cocina, a las camaradas mujeres que venían de continuo a visitarlo.

Yo estaba aburrido, a pesar de los cuatro "fierros"

(1) Frase que equivale en lenguaje corriente: ¿Quién molesta?

(1) que habían pasado por mi boca. Mis compañeros borrachos y la noche descolgándose de los cerros.

Afuera en la calle, chicos y grandes, se arrebataban la taba.

—Dos chauchas.

—Conmigo.

—Pago.

—“Culo” (2) fué. A suerte pago.

Y seguían viviendo en el mejor de los mundos, propalando coplas de Santos Vega, de Martín Fierro...

Las horas pasaban rápidas, la obscuridad inundaba los barrios y la borrachera iba tomando caracteres de general.

Como muchacho crecido en otro ambiente, sin méritos para ocupar un puesto en la farra, había ocupado un banco en la cocina donde las mujeres obsequiaron algunos “cimarrones” (3) con abundante pan y queso.

Las guitarras llenaban el barrio con sus notas. Luego la voz quejumbrosa del gaucho:

Muchos ratones niña
náy en tu cuarto,
deja la puerta abierta
yo seré el gato.
Yo seré el gato sí...

Creía estar encajado en un país extranjero. Llamaba la atención las costumbres, el modo de vestir, de expresarse.

Entre tantos asistentes, ni una montura chilena. Habría sido una profanación capaz de encender los ánimos de esos chilenos saturados de gauchaje. Todos ca-

(1) Asado pequeño que se prepara en alambres alternando un trocito de carne con una torreja de cebolla.

(2) Revés y parte sin hervir de la taba.

(3) En la República Argentina, aplícase al mate negro.

balgaban sobre bastos (1) que, a menudo querían ator-
tillar a los caballos pequeños. Hablaban de fletes por
caballo, de sacos por chaquetas, de recados por mentu-
ras.

Todo era raro y confandible como si una nueva
torre de Babel comenzara a levantarse en medio de ese
oasis cordillerano.

Se lleva el pantalón ancho, (bombacha) la gorra
vasca, azul o negra, y el pañuelo al cuello que muchas
veces no se quita ni para dormir.

Este mismo fenómeno se observa en el lugar deno-
minado "Llanadas Grandes", considerables extensiones
de suelo chileno abandonadas por completo y semi-
desconocidas por nuestros gobernantes.

Viven más de doscientas familias en una comarca
de escasas lluvias, donde se producen admirablemente
casi todas las frutas de nuestra zona central.

Sólo en los meses de verano se ponen en contacto
con sus compatriotas chilenos tras penosos viajes apro-
vechándose de las corrientosas aguas del Puerto. En se-
guida el aislamiento más absoluto.

El día comenzaba a clarear, los cerros vestidos de
nieve y camanchaca, mientras una insistente brisa del
sur hería los rostros trasnochados.

Todos estaban caídos. Pedro y Anselmo bailaban
un tango. Ricardo hacía un esfuerzo por seguir rasgu-
ñando las cuerdas...

(1) Almohadillas de cuero separables, según se desee
formar el recado o silla de montar.

V

Joaquín, un viejo de barba larga, el trabajador más antiguo de don Mateo, me quería como a un hijo.

Su casa se encontraba bastante retirada de los predios del patrón y muchas veces, invitado por él, corrí en busca de ratos familiares.

El le llamaba casa; pero para mí era una chozita tinglada con cantoneras de última clase. A decir verdad, era una casa de obrero.

Mi temperamento hurraño de muchacho, azotado de injusticias y humillaciones, se transformó con la amistad del anciano.

—El pecado de haber nacido, hijo —me dijo un día cuando terminaba de narrarle parte de mi vida.

—Legítimos y no legítimos somos hermanos en el dolor y en la miseria —argumentó subrayando—. La tragedia viviente de los hijos del salario.

Como si aquellas palabras hubieran envenenado el ambiente, nos pusimos tristes, mudos.

En las repisas ennegrecidas por el hollín guardaba muchos libros que leía por las noches en compañía del fogonero Martiniano y tres o cuatro madereros de su confianza.

Esa noche había conversado hasta muy tarde y el cansancio cerró mis ojos con despecho.

Creí que se trataba de una pesadilla. Una algazara como de pelea, de salvataje después, gritos, órdenes.

—Cuidado con esa viga, ché.

—Déle hacha. No importa que rompan las tablas...

—Nó, si es imposible.

Nada había que hacer. El voraz elemento tenía que terminar su obra. El fuego apareció en la casucha donde se guardaba la leña y el motor y luego ganó las bodegas repletas de madera seca y elaborada.

Las dos en punto de la mañana. Gran agitación.

Las llamas de color rojo encendido, como en un infierno colosal, lengüeteaban los tejados irradiando un calor insoportable.

El Estuario se cubría de oro y nunca el Puelo se presentaba tan hermoso: las gaudas y otros pájaros nocturnos volaban huyendo del calor; los quiltros espantados aullando a la distancia, los botes de los alrededores con sus proas nerviosas hacia el lugar del siniestro.

El cielo salpicado de nubes fugitivas se tornaba negro con el humo que formaba trágicas espirales. Mañana ¡cuántos obreros sin pan!... y ¡cuántos libertados de esas garras atrapadoras!...

Las primeras luces del alba bañaron los escombros humeantes. Todo había concluido.

Los dos cueros que hacían de tapa estaban corridos al lado derecho y tiritaba diente con diente.

Después del incendio no pude conciliar el sueño. Miré hacia afuera y ya la luz empezaba a filtrarse por la cortina de arpillera que se balanceaba como hamaca abandonada.

Me sentía impresionado y por mi cerebro cruzaban ciudades ardiendo, templos y edificios destruidos.

La imaginación me trasportó luego a casa de mis abuelitos. Todo estaba igual: la tranquera, el álamo del camino elevando sus brazos desnudos en una dulce plegaria, la pampa abierta, visitada por las ovejas y los chanchos, el camino hollado y tortuoso.

Sólo los veteranos sentados a un metro del fogón saboreaban una pena oculta que no se atrevían a confesar.

Habían volado los años y sus cabezas estaban cubiertas de nieve.

Recordé el día en que salí por primera vez acompañado del patrón: el trayecto a caballo. . . . Aquí me detuve para desmenuzar hasta los más ínfimos detalles. Mi corazón latió temeroso y balbuceé en un suspiro: ¡qué buena era! Me hizo mucho bien. ¿La volveré a ver? . . .

De un clavo incrustado en la muralla colgaba mi viejo maletín de cuero. Me incorporé sobre la cama, estiré el brazo izquierdo para no mostrar demasiado mi camiseta deshilachada y me apoderé ansiosamente de él.

Unas monedas y varios billetes de a cinco pesos rodaron sobre el lecho. Ciento cuarenta pesos veinte centavos. . . . Y en tantos meses de trabajo. . . . murmuré cubriéndome nuevamente con los cueros.

Los dueños de casa trajinaban fuera de los lechos. Lucy, una pequeñita de tres años no cumplidos, gritó sorpresivamente: Chejué cascha el patón. . . . Fuego chichí, Halla. . . . Mire on Julio. . . . vea. . . . ño hay ná papá. . . . cascha. . . .

Junté las monedas y los billetes y todo, en un minucioso paquete, lo metí cuidadosamente en el fondo del bolsillo interior.

—¡Ciento cuarenta pesos veinte centavos! . . .
¿Qué haré ahora?

Estaba ojeroso y decaído sin pegar los párpados ni un rato. Sin embargo salté de la cama y pensé decididamente: hoy preparo mi viaje y mañana temprano zarpo para mi tierra.

Recordaba poco a Sultán. El rudo trabajo diario, la experiencia que el mundo me ofrecía a cada paso ibame apartando de ese mundo infantil, donde a pesar de pobres y hambrientos, nos sentimos felices dándole vida racional a un caballo de palo, a un tronco de árbol, a un gato o a un perro que nos simpatizan.

Esta determinación me exigió actividad durante

todo el día. Le ayudé al patrón, arreglé mis cuentas pendientes...

Pagué quince pesos y fui a ocupar el sitio que se le tiene reservado a los pasajeros de tercera clase.

El vapor tocó en Yates, en Chaparano; pero se embarcaron más animales que los acostumbrados. Así se redujo el espacio y no había sitio donde sentarse.

Como el viento "estaba entrando" y hacía frío, nos apiñamos buscando el calor de las calderas. Hube de acomodar mi cacharpa (1) y sentarme en ella.

—¿De la Argentina, señor? —dije a mi vecino que se afanaba por conquistar una buena colocación.

—Ah, ah... —respondió el interpelado con un tono que me pareció burlón.

—Sí, amigo, ché. Del Bolsón (2), amigo, éh — continuó.

Era un hombre pequeño, de barba abundante y de ojos negros y vivarachos. Vestía regularmente con una bombacha de color obscuro, saco de cuero, pañuelo negro al cuello y gorra vasca.

Parecía no traer muchas economías: el tirador (3) flaco luciendo al lado derecho la funda del facón (4).

A mediodía la camanchaca huyó de los cerros. La Cordillera de los Andes mostraba toda su belleza insuperable para el visitante o el turista que goza con contemplar el paisaje de múltiples coloridos, como se contemplan a la distancia las manchas de acuarela que representan un árbol o un paisaje.

La realidad es otra si se observa con un profundo espíritu analítico. Hay pueblos, villorrios, aldeas, cuyos habitantes van muriendo espiritualmente por culpa de las mismas autoridades. Con casi ninguna vía de comunicación aceptable, sin escuelas, sobre todo sin ma-

(1) En gaúcho, prendas que lleva el viajero.

(2) Pueblo pequeño en la República Argentina.

(3) Cinturón de cuero del gaúcho.

(4) Daga grande de punta aguda y muy afilada.

terial para los remedos que allí existen, sin ningún estímulo para los funcionarios que ahí trabajan.

Estábamos frente a las islas de Caicura y sentía un placer inmenso al ver ensancharse el horizonte.

Metí la mano en el bolsillo, acaricié mi rollo de billetes y reí de satisfacción.

El compañero cebó el mate y se dispuso a servir.

—Alléguese, ché. Sírvase un amargo, éh.

Tomé el calabazo y arrastré mi cacharpa. El cuyanito sonreía al reconocer la isla de Guar. Maillen, etc.

Apenas había pisado tierra argentina y ya canturreaba sin equivocarse el dejo gaúcho.

¿Habrá aprendido a tocar guitarra?

Probable que venga sin dinero; pero no importa...

Con un viaje de día y medio y sin carguero el caballo se negaba a caminar. Había que azotarlo, a menudo.

Rápidamente iban quedando atrás los cerros, los esteros arenosos y las casas rodeadas de plantaciones de álamos. Una capilla, luego un boliche con repisas repletas de tarros de conservas, jabón de lavar, café de higos, paquetes de cigarrillos. Dos o tres caballos atados en el varón; adentro el ruido de copas y botellas. Avanzaba silencioso.

El panorama que ofrecen las islas es muy diferente. No hay cerros cubiertos de nieve, cascadas, ni costas cortadas a pique. Las costas de Chiloé insular.

El año se había portado bien y los trigos tomaban visos de madurez. Habría, sin duda, buenas cosechas.

Tres mujeres de vestidos cortos cruzaron el camino con sus quichas (1) gruesas en el hombro. Poco, sin embargo; con eso ni para la mitad de los manojos.

(1) Atado de junquillos con que las mujeres amarean las gavillas de trigo.

Una de ellas, la más joven, lucía melena y un bonito guardapolvo azul marino. Las otras, sus pañuelos de rebozo atados a la cintura y sus dos trenzas largas oscilando en la espalda con gracioso vaivén.

—¿Ese no es el hijo de la finada Fillella, replicó plicó la más veterana.

—Claro que sí, Julio, el nieto de la Froselia Mansilla. Y siguieron marchando con su trotcecito de perro característico.

Sus canillas se divisaban embarradas por lo que se supone habrían estado cortando a orillas de la laguna.

—Buenas tardes caballero, repetía un campesino que arreglaba junto al camino las quinchas del galpón.

—Adiós, señor. Continuaba cavilando en el vacío.

El día declinaba tímidamente. El cielo se había cubierto de rojo como para disponer a los viejecitos para fuertes impresiones.

La casuca, empequeñecida por la distancia, semejaba el punto negro de una gran interrogante que parecía tocar hasta los cielos. ¿Viviría Froselia e Isaac? ¿Y el Sultán querido?

Me hice diversas preguntas y cada vez más temeroso avanzaba con pasos felinos hacia el álamo de la vieja tranquera.

Ladraron chillones los quintros y el patio a medio cerrar abrió su boca negra teñida de sombra. A través de las rendijas coloreaba el fogón alimentado con chamizas y rajas de hiecha (1).

—¡Aló! No hay nadie.

El grito se perdió en la obscuridad. El eco a lo lejos...

—¡Aló! Despierten. Soy yo abuela —grité más fuerte, mientras los quintros ensoberbecidos sitiaban al caballo mordéndole las corvas.

(1) Nombre vulgar que se le da al radal, árbol proteáceo de hojas medicinales cuya denominación científica es *Lomatina obliqua*.

La puerta de hojas se abrió de par en par y Froselia, fuera de sí, me recibió en un sollozo de emoción

—Abuelito, después de tanto tiempo.

—;Oh! Sultán, vives todavía.

El viejo can vencido por los años hizo esfuerzos por sentirse joven: saltaba, meneaba la cola en señal de alegría.

Los otros habían dejado de ladrar y como si hubieran reconocido una gran falta se retiraron avergonzados.

La veterana, repuesta de la emoción, dijo solícita:

—Mira Isaac, echa otra raja, el fuego se está apagando. Julio traerás hambre...

IV

—Tres años a esta parte el cambio ha sido radical. Ustedes comaire no se figuran. Si aquí el hombre (se refiere a Isaac) se lo pasaba enfermo del estómo no más con las levantás temprano. Gracias a las sobrinas que venían a ayudar a sembrar o si no que iba a ser de esta casa, de nosotros. Yo sola...

—Es cierto no más; en fin, cuando estaba viva la Fillélla. Y tan sequita que murió la pobrecita.

Froselia suspiró muy hondo. Su rostro tomó una expresión de tristeza que el fogón iluminó débilmente.

—No hablemos de esas cosas comaire. Isaac la hizo sufrir tanto. A veces, cuando nos enojamos, yo le digo que él fué el causante de todo.

—Y al fin de cuentas... No era la primera mujer que tenía un hijo. Muy bien que estará ahora contento. Julio tanto que le sirve, mujer.

Juana, que así se llamaba la comadre, amasaba pan en una artesa de alerce. El horno estaba rojo y por él habían pasado tres hornadas consecutivas.

Las ollas sobre el poste norte de la cócina, despedían su aliento sabroso como una tentación. Sin Isaac no se podía servir la comida.

El cambio era tan marcado como interesante para los dueños de casa. Para ellos era yo el alma del hogar, me levantaba temprano con los primeros chillidos de los pájaros, buscaba leña, preparaba el fuego, traía el agua... Luego me preocupaba de los animales.

El edificio era cómplice de esta transformación. Había una pared más que formaba del pasadizo dos piezas bien iluminadas.

La limpieza y el orden en los departamentos vivían con nosotros.

Los cercos todos renovados con quinchas nuevas. La huerta, el frente del jardín. El Sultán tenía su dormitorio junto con los chanchos en la casita de hercones.

—Buenas tardes, Juana. ¿En su casa todos bien? Interrogó el veterano acomodándose sobre un poncho viejo que hacía de cojín común para todas las visitas.

Comimos.

En los movimientos del veterano había un aire de satisfacción, diríamos mejor de alegría, que se dibujaba en su rostro lleno de arrugas.

—Las cosechas se hicieron con buen tiempo y mañana, después de la trilla, podremos avaluar el producido.

—Promete ser excepcional. Dijo descalzándose las ojotas.

Estábamos reunidos en torno del fogón y el mate servido a la cuyana seguía su órbita galopando entre las manos huesudas de los viejecitos.

—¿Conocen ustedes a la Teresa Mayorga? Preguntó Juana iniciando la charla alrededor del mate.

Sus dientes anchos y amarillos se dejaron ver entre una sonrisa maliciosa. Atizó el fuego y continuó.

—El padre la echó de la casa cuando supo eso de la guagua...

Iba a continuar, pero el quejumbroso co-co-có... de la lechuga detuvo por un momento las respiraciones.

—¿Qué andarás buscando a estas horas? Refunfuñó fastidiado Isaac.

Los perros aullaron.

Sobrevino un silencio y en los cerebros de aquellos modestos campesinos surgió el haz de fantásticas leyendas y supersticiones chilotas: el Caleuche, el Brujo, la Fíura.

El co-co-có... de la lechuza es en muchas partes de Chiloé Insular, la risa sarcástica y amenazadora del Brujo que anda en busca de víctimas. Ese personaje extraordinario que puede convertirse en perro, en gato, en pájaro, según las circunstancias. Tiene permiso el día Viernes para reunirse con sus compañeros en la Cueva (1) y banquetearse con guisos sin cebollas y milcaos (2) sin sal.

Era un tanto incrédulo y no pude contener una carcajada.

—Cuándo se terminarán estas tonterías... A quién se le ocurre hacerle caso a los pájaros, dije.

—¡Qué sabes vos, muchacho de ayer a hoy! Respondió completamente disgustada Froselia. Nosotros que hemos presenciado tantas cosas. ¿Se acuerda comaire esa vez que casi quedó en seco el barranco del mar?...

Juana e Isaac asintieron con la cabeza y ante esta unánime afirmación me sumí en un mar de dudas.

—Lo mismo que hubiera pasado ayer. Cuántos años hará eso, Juana. ¿Unos sesenta? Yo tendría nueve apenas.

—A los chicos se les ocurrió ir a mariscar en la mañana. ¡Qué arenal más bonito frente al cementerio!

Con el viento del este empezó a venir la "niebla" (3) y en un ratito no se veía un cristiano de aquí ahí. Empezamos a lavar los canastos; pero no se podía entrar dos metros en el agua que ya estaba hasta la cintura. Un terrible candil, mujer de Dios.

Froselia tosió un rato y paseando su mirada por el auditorio continuó:

—La Chavela, que Dios la tenga en el reino de los cielos, no creía. Igual, igualito, como este muchacho. Aunque nosotros le dijimos que era peligroso ir a lavar los mariscos, se fué no más.

(1) Sitio donde según la leyenda accionan los Brujos.

(2) Pan hecho con patatas rayadas, las cuales después de exprimirlas, se ponen a freír o se cuecen en el rescoldo o en el horno.

(3) Niebla o camanchaca.

La niebla tupió inmensamente; sentimos un ruido como si un barco viniera a bararse a toda máquina y empezamos a correr para la orilla.

—El Caleuche, hermanita, interrumpió con ojos desorbitados la comadre Juana. Claro, venía...

—En seguida oímos unas músicas tan bonitas que así será en la gloria. La Chavela no apareció nunca.

Al mediodía cuando se desparramó la niebla, la creciente trajo el palde (1) sumido en la raya de lamilla (2).

—Estaba bueno tu mate, me dijo Juana. Ahí estaba su destino, la pobre, murmuró:

—No me sirvas otro... gracias.

Un ambiente lúgubre, misterioso. La lumbre había consumido los tizones y los personajes iban haciéndose borrosos como los recuerdos antiguos.

—Y esa aventura del año pasado Isaac, arguyó Juana.

—Sí, pues, habló el viejo desperezándose. A día limpio nos perdieron. Y eso sin haber probado el licor.

En otra ocasión avistamos el barco bien de lejos y cuando llegamos al lugar se había convertido en un inmenso poste de tepú. Casi se rompió la lancha con el choque. Lo quisimos cortar; pero nos dió miedo porque donde pegábamos el hachazo salía sangre.

La lechuza había dejado de cantar y la noche avanzaba. El silencio.

Las palabras de Juana. Conocen ustedes a la Teresa Mayorga. El padre la echó de la casa cuando supo eso de la guagua. Quedaron repercutiendo en mis oídos con campanazos de incertidumbre.

Conocía a una Teresa; pero ignoraba el apellido. ¿Sería la misma?

Era deudor de muchas caricias y atenciones. Mis

(1) Palo puntiagudo que se usa para sacar patatas y mariscos.

(2) Alga marina parecida al luche y que se utiliza como abono.

mejillas llevaban el recuerdo de aquella terrible noche de invierno.

Tuve que hacer algunas compras y aunque hay otros boliches más cercanos, me dirigí a la cantina-almacén donde conocí a Teresa.

La mañana estaba clara y se podía apreciar el panorama de esas regiones cuajadas de leyendas, con sus laberintos de canales silenciosos, sus islas bajas flotando como musgos, sus parvadas de gaviotas que ensordecen al pasar.

La cordillera estaba blanca y pensativa apuntando al cielo con sus lanzas. Una muralla de lujo ¡Qué bonita se ve desde lejos!

Y pensar que ahí, detrás de esos cerros, pasé meses y meses, comenté en mi interior.

El caballo avanzaba con un tranco monótono. Reinaba placidez en todo el paisaje, esa placidez que se adentra en el alma de esas gentes sencillas, ajenas a las inquietudes de este siglo.

Aquí no hay hacendados, terratenientes, ni burgueses de gran talla. Son todos propietarios pequeños, pequeñísimos. Muchos se conforman con una cuadra de terreno que cultivan con ahínco y que nunca podrá darle lo necesario para arrancarlos de su condición de parias.

A este campesinado, que asciende al 90% más o menos de la población, no le interesan los movimientos obreros y sociales de su clase, como la inmensa mayoría de los maestros de escuela, no quiere perder el tiempo documentándose sobre las causas de la Guerra Civil Española, conflicto Chino-Japonés, tratados internacionales, etc.

La Internacional Negra controla las actividades. Miedo al más allá, sumisión, ignorancia, esclavitud, obscurantismo.

Sentía un vacío en el alma y la tristeza se apegaba a mi caballo que cojeaba por falta de herraduras.

El boliche. Un letrero amarillo sobre el contramarco de la puerta. CANTINA EL TROPEZON.

Patente de Tercera Clase. Depósito de bebidas alcohólicas.

Até la bestia y acto seguido abrió el mismo caballero.

Al presenciar la cara de un muchacho algo crecídito, se apresuró a abrir en la creencia de que el primer saludo sería: ¿Tiene aguardiente, señor?

No se cumplen sus deseos, sin embargo, expresa sonriente: ¿Desea comprar algo? Estoy a sus órdenes.

Permanecí más de diez minutos mirando las repisas y no podía puntualizar. Algo me atormentaba.

Hice esfuerzos por recordar y después de todo, viendo que me quedaban algunas monedas, pedí se me sirviera media botella de aguardiente.

Dicen que el trago sirve para matar las penas... ¿Y de qué penas me quejaba?

Comenzaban a reunirse los clientes. El número creció rápidamente aumentando de este modo las botellas y las convidadas.

Frente al boliche estaba la iglesia del pueblo echada en medio de la pampa como una clueca que busca huevos para empollar. Atrás un llano a manera de cancha de foot-ball, donde se reunían algunos jóvenes.

La mayoría niños tirados a grandes que contaban apenas con quince años. Muchos ahora, recién habían regresado de las cosechas, en compañía de sus padres, después de jornalear por los campos de Osorno. La Unión, Río Bueno, etc., vendiéndose por dos o tres pesos, a trueque de más de doce horas de trabajo. ¿Qué les importaba? El pantalón que lucían era suyo... y lo demás para trago. ¿Cómo justificarse hombreritos casaderos?

El viejo dueño de la cantina estaba contento porque el negocio marchaba bien; lanzaba unas risotadas de idiota al mismo tiempo que hacía silbar su nariz roja como un copihue de Arauco.

De las chaquetas desteñidas que trataban de conservar las formas de sus antiguos dueños, se desprendían billetes ajados.

—Páguese, patrón.

—¿De a cuánto?

—De a diez no más, patrón.

—No tango sencillo; en fin, páselo, después le doy vuelto.

Táctica de viejo comerciante en un exceso de previsión.

—Ya, niños, pasen; mejor están aquí en la piececita.

Los caballos cabeceaban aburridos de esperar. Uno sacudió la montura; pero el dueño ni se dió por entendido.

El mar empezaba a levantarse con la brisa del este y las marejadas lanzaban sus chispas finísimas refrescando los rostros carcomidos de los pilotes. Era la misma bodega, sólo el lebrero había desaparecido.

Recostado en el varón oteaba la llanura. No estaba borracho, pero el aguardiente había transformado mi rostro dándole apariencias cadavéricas. Los ojos empequeñecidos querían cerrarse en el fondo de las ojeras violáceas.

Arreglé las bridas. Monté.

Me sentía fuerte y aunque el caballo apenas galopaba lo creía con la velocidad del rayo. Iba comunicativo, quería buscar a alguien en quien vaciar mis pensamientos que acudían en monstruoso galopa. Noticias de Teresa. Nada.

El traqueteo de los cascos se desparramó en el empedrado del camino como un concierto de golondrinas lejanas.

VII

Cuando se trata de resguardar el prestigio moral ante los ojos fáciles del mundo, no se eluden sacrificios ni privaciones. Se miente, se asesinan intenciones, se abofatean proyectos, se masacran los más elementales sentimientos humanos. Todo en nombre de morales, convencionalismos, de normas que a otros les conviene conservar, y que los muchos, tendidos sobre el lomo negruzco de la tierra, ejecutamos ciegos de celo, pacientemente, como magnetizados.

Mi madre había muerto pagando un crimen de lesa moralidad que le habría las puertas del infierno.

¿A qué responsorios, misas, oraciones, si de ahí nunca se vuelva? ¿Iríanse acumulando para borrar el estigma de "huacho" con que se me apostrofaba?

Isaac, mi abuelo, no le importó perder a su hija. El dueño de la cantina "El Tropezón", tampoco había trepidado en echar a Teresa Mayorga. Era una muchacha mala, una hija ingrata.

La pobre vagó de pueblo en pueblo, de casa en casa, en busca de trabajo.

.....
—De veras, ¿y como quedó la familia? — ¿Todos buenos?

—Sí, madrina, saludos.

—¿Y la Froselia? — Qué vieja estará la Froselia, tan trabajá que ha sido.

—Cuenten como llegaron ustedes. De a caballo, claro. Si el tren no viene a esta hora.

—Qué guapo eres tú, Isaac. ¿Saldrían ayer?

Era la siete y media de la mañana. La ciudad de Ancud abría sus puertas a las gotas de luz que encharcaban las calles. Las ampollitas habían cerrado los párpados para dormir la traspachada y la iglesia catedral tornábase vulgar al verse desprovista de sombras.

—Sí, ayer, contestó Isaac topándose el cuello y la corbata que le molestaban demasiado.

—Este viaje lo tenía desde mucho tiempo. De repente muero, pensé, sin ver a mi hermana. Por eso le dije a Julio, vamos, aprovechemos la fiesta de Camino Nuevo.

—Muy bien Isaac. Ahora que están recién llegadas las chiquillas...

La casa pintada de blanco miraba hacia la calle San Francisco con sus ojos de treinta y seis pliegos de diez por doce.

Vivía muy poca gente en ella y rara vez arribaban visitas distinguidas. Un salón bien amoblado y un piano que siempre estaba abierto al Arte y a la Poesía.

Un joven de apellido Brisnet, muy educado, alto, de ojos de lechuga, estudiante de medicina según supe después, pasaba sus vacaciones en casa de unos parientes. A menudo se reunía con sus amigos y amigas a fin de acortar la tarde, ya en el muelle, o a la sombra muda del obelisco del Castillo.

Esa tarde, después de la fiesta, fué invitado por Martita y Meche. Estábamos reunidos en la glorietta del jardín. Había alegría; pero yo, ante la desenvoltura y corrección del joven que acababa de conocer, estaba "asado" (1) y el ambiente me sabía mal. Me extrañaban los dichos oportunos de las muchachas y la indumentaria pueblerina pervertía a cada rato mi imaginación con un fausto banquete...

Prefería el campo con su vida sencilla y natural. Las mujeres de refajos anchos teñidos con colores vivos, melenas desgredadas, pañuelos de reboso desflecados por el uso. Me habían hablado siempre con un len-

(1) Avergonzado.

guaje de sincero afecto, de sacrificio, de verdad, hasta de ingenuidad. Este talvez era el motivo que me empujaba a sentir una satisfacción profunda... cada vez que la empleada hacía sus aparecimientos de rigor.

Una mujer según doña Clorinda, excesivamente seria que ni siquiera sonreía.

Es un misterio esta muchacha, tan melancólica, dijo la señora viéndola trajinar con su delantal de lienzo que dejaba percibir sus formas maduras.

Cruzó el jardín con dirección a la llave del agua potable y mis ojos la detuvieron un momento. La miré con acentuada lejanía mientras ella hería con sus pasos a la callejuela tapizada de cascajo.

¿Dónde he visto esta mujer? — Traté de recordar. Cuánto me gusta. — ¿A quién comunicárselo? — A ella no me atrevía.

Los demás conversaban de literatura, de Arte, de exámenes y Brisnet, disculpándose caballerosamente, pensó en retirarse.

—¿Y no me ibas a acompañar al piano? — Hace tres días que trajeron el violín.

—Bueno, un ratito.

—Jechu, anda a arreglar el salón pueden llegar visitas.

—Bien, señorita.

La charla estaba animada con el frescor de la tarde y las chiquillas se entretenían imitando el sonsoneo montañés que ponía el tío a todas las palabras.

De súbito un la-a lá-lá lá-lá... música de Tosse-lli. Lá... lá... lá... lá, música de Schumann... de Bethoven, de Mozart...

—¿Quién está en el salón? — Está Jechu no avisó.

Continúa un preludio. Las notas van deshojándose como pétalos agonizantes en una sonrisa querida.

Quedamos mudos un momento; nos miramos. Pero las espuelas de la curiosidad nos desbocaron en dirección a la puerta, a empujones. Los viejos llegaron al último, jadeando.

—“Por Dios, perdonen. Nunca debí tocar. Creí

que estaba en mi casa, gritó Jechu al ver que nosotros asaltábamos el salón.

Las lágrimas bañaron el blanco marfil del piano. Ese grito de sorpresa fué un machetazo asestado por manos divinas, pues, partió la tarde aquella en un pasado y un futuro diferentes.

Juanita, la hija mayor de doña Clorinda, arrastró su silla junto a Jechu.

¿Por qué lloras, Jesús? Has cuenta que soy tu hermana. ¿Y sabías tocar tan bien? — Habla... Silencio... Largo silencio.

Entre tanto, nosotros callados, con los ojos descomunalmente abiertos, tratábamos de retener un último acorde que aleteaba en la gasa de la ventana.

—Toca otro poco Jechu. No llores; esta tarde será extraordinaria para tí.

—Y me has contagiado, chica... Una lágrima rodó por sus mejillas marcando una huella en el rostro recién empolvado.

—Toca otro poco, te lo pido.

—Cómo señorita, si soy su empleada.

Lá... á... á... lento, pianísimo.

Sus manos se desparramaron con avidez sobre el teclado y las emociones de Raff flotaron en el salón silencioso de una de sus más hermosas Cavatinas.

La música hace revivir las emociones más ocultas de nuestro yo. Despierta recuerdos, tiende un lazo de espiritualidad entre los humanos. Esa tarde más que nunca era poesía dicha en acordes como si Hugo Wolf en los comienzos de su locura se desesperara por componer su Manuel Venegas. En seguida más triste que la Resignación...

Obedeciendo a las insistencias de aquel atónito auditorio, Jesús inició un relato que cualquiera habría tachado de novelesco.

—Casi todos conocen la casa de mi padre: el negocio, la cantina. Vivimos de eso, tenía nueve años cuando me enviaron a Valdivia a hacer mis primeras humanidades. Qué alegría. Nunca me faltó plata para vestir a la última moda, ni para pagar mis clases de pia-

no. Feliz. ¿Qué me importaba? — Los clientes peleaban en el mismo corredor, bestializados; unos iban a parar a Carabineros, otros después de algún tiempo al hospital o al manicomio. Poco y nada para mi padre. El vendía.

Ya no lloraba. Su cara tristemente dulzona se convertía en otra más agria.

—Una vez en la casa me vi obligada a recostar borrachos, a arrastrar otros. El dueño se cargaba primero.

Las palabras soéces, los chistes y manifestaciones indecentes, me hacían creer que era una de esas... cualquiera...

Pronto se hizo amigo de la casa un pariente de mi padre, un viejo adinerado, un borracho... y una noche me declaró su amor.

Ya hablé con su padre, me dijo. Los dos eran compañeros de borrachera. Me persiguió como una sombra maldita.

Un prolongado temor casi no la dejaba continuar. Como no lo acepté, declaró en borracheras sucesivas que yo quedaba embarazada. Quién sabe cuántos dudarian o creerían, Dios mío.

El papá me echó de la casa hace más de tres años. Mi madre había muerto. El estaba inconsciente con el vino, quiso matarme.

Las palabras de Jechu me sacaron de quicio. Los otros no sabían que contestar.

La noche empezaba a arrastrarse por el salón cubierto de alfombras y la pobre empleada arrojada en su abandono iba tomando caracteres de heroína.

—No sigas más hija, exclamó Clorinda emocionada. Lo imagino todo.

—Sí, patroncita. Habría preferido quedarme con un hijo antes de hacerme desgraciada toda mi vida casándome con un borracho.

—Es usted Teresa, dije tartamudeando. Conservo su recuerdo. Ud. me sacó de esa misma bodega...

No pude detenerme, algo terrible pasó por mí. Mis

palabras pegaron los labios de los concurrentes. Brisnet clavó sus ojos en mí con una compasión que rayaba en tragedia.

Ella meditó un rato y en un grito desesperante se arrojó en mis brazos casi desmayada.

—¡Oh! Usted. ¡Usted fué el pequeño! Qué sorpresa, qué vida, Dios mío...

Los minutos habían pasado rápidos. En esa tarde de fuertes impresiones Brisnet no tocó violín. Martita permanecía más impresionada que él.

Luego salimos a la mampara, las ampolletas se habían repartido amigablemente el trabajo...

VIII

El sol quemaba haciendo honor a la estación. El viaje resultaba liviano gracias a la exuberante vegetación que desde los comienzos acompaña al camino de Caicumeo.

A ambos lados se levantan bosques espesísimos, donde dominan coigües de ramaje obscuro que comunican su frescor al caminante.

Una alfombra verde cubre a los guijarros sin uso y el silencio de selva virgen hace escuchar una canción salvaje extinguida con los años. No hay nativos ni copihues llorando de nostalgia.

El día se alejaba lentamente acaparando todo el oro de la tarde. "Mocopulle" (1) iba quedando escondido entre los cerros y árboles mientras que los caballos devoraban la carretera que conduce a Dalcahue.

Atrás, ahogado en un mar de cavilaciones, consumía un pucho que instintivamente apretaba con los labios. Teresa llenaba toda mi alma de muchacho, la quería hasta enloquecer.

El abuelo se apeó para arreglar la cincha del rocillo.

—Hay que comer algo antes de llegar al balseo, todavía es temprano; bájate, que descansen estos pobres brutos.

Comimos y bebimos silenciosos; pan, carne y un vaso de vino tinto.

(1) Estación del ferrocarril que une Ancud y Castro.

El veterano escarbó sus dientes con la caña que siempre llevaba consigo. Tosió y escupió un poco de saliva mezclada con sangre en señal de satisfacción.

—Bueno, dime la verdad, ¿es cierto que quieres casarte con ella?

—¿Casarme?—Talvez nó. Pero tengo que traerla a la casa. Es tan buena Teresa. El recuerdo de su bondadosa acción no me abandona. ¿Quién hubiera hecho lo que hizo conmigo?

—Te vas a poner porfiado, respondió Isaac concluyendo su trabajo. Veremos la opinión de Froselia. A ella no le va a gustar.

—Y le parecería mal que una mujer joven le ayudara...

Estaba contrariado y hacía un esfuerzo enorme por ocultar mi turbación.

—Já-já-já — qué chiquillos son “ustedes”. (1) ¿Para qué va a servir ésa? — No te va a ayudar a sembrar papas ni a barbechar. Tú necesitas una campesina igual que vos. Esas un poco puebleras no sirven pa uno que tiene que andar pa arriba y pa bajo. El rato menos pensado se van cualquiera. Fíjate que ésta toca el piano y cuando sea señora va querer que la tengas sentada en el estrado... ¿Y dónde le vas a sacar piano?

Este año tienes que salir a alguna parte, aquí en esta tierra que se gana. Ella no se va a quitar los zapatos para mantener a la agricultura...

Suspiré como única respuesta. Mis ojos abarcaron el horizonte oscuro que con su echona enorme agrupaba todas las islas.

¿Si Froselia pensara lo mismo?

El pampino bramó toda la mañana haciendo rueda en su amarra. Buscaba con sus ojos melancólicos de jibia moribunda al Tomate que no aparecía en ninguna parte.

Juntos habían saboreado las amarguras de la es-

(1) En esta zona se ha generalizado entre los campesinos el uso del plural por el singular.

elavitud impuesta por el hombre y ahora, cuando ya acostumbrados a sus cadenas querían pasar sus días tranquilos, un desconocido arropado con mantas y perneras los empujaba a definitiva separación.

Sus hijares estaban colgados y aunque tenía hambre no había probado bocado.

El pasto parecía duro y desabrido al mismo tiempo que le molestaba el apetito de la mancorna de desconocidos que se inflaba hasta reventar.

Eran de dos para tres y pronto tendrían que hacerse cargo del barbecho y la carreta.

El pastizal oscilando en marejadas armoniosas pesaba a la nostalgia del Pampino, agitaba su brocha verde de vida.

No podría congeniar con los jóvenes que arisquean en presencia del amo queriendo recobrar su libertad. En cambio, él y su compañero sentían cierto afecto y le estaban agradecidos cuando éste, después de picanearles las costillas, le obsequiaba una ración de papas o de pasto.

Pensaban como muchos que se conforman con migajas y están agradecidos de los que se las dan...

El gasto por hacer me parecía enorme; comprar un barril de chicha de manzana, aguardiente para hacer la mistela, corderos, gallinas...

Estuve a punto de vender el Pampino.

Froselia con su mal humor había transformado la casa en un especie de infierno pequeño. Rabeaba con Sultán que apenas podía pararse de viejo.

—¿Quién iba a creer a este muchacho! Darse a vivir con esa mujer que puede ser su madre. Bien era acreedor de casarse con cualquiera, en otra parte nadie iba a averiguar que era Huacho.

La veterana se erguía demostrando belicosidad y juventud en sus palabras.

—¿Y dices todavía que ella misma conversó que ese su novio había dicho que quedaba embarazada? — Quién sabe si no sería cierto. Después de tantos años de donde se saca rastro.

Isaac se concretaba a escuchar.

—Pero Froselia sí ~~la~~ la quiere que importa. ¿Cómo puedes tildar de mala a esa mujer?

—¿Y la Fillella cómo fué mala entonces?—Claro, la lengua castiga.

El veterano rodó con su imaginación turbada por todos los senderos pasados y el mal trato dado a su difunta hija surgió en la retina de su cerebro como una sentencia acusadora.

Froselia iba a continuar, más mis pasos hicieron de pincel intruso borrando las aclaraciones de los veteranos.

Venía sonriente porque esa misma tarde me dirigía a Ancud. Mis padrinos alcanzarían en el próximo tren. No era ese chiquillo que llevara un tiempo a la Cordillera Mateo San Martín.

“ESTUDIA SI PUEDES, MEDITA, LUCHA, DESTRUYE...” habían sido las palabras de Fidelita, aquella mujer que cerró los ojos saboreando el repudio de su propio padre.

HABÍA TENIDO UN HIJO: PERO QUE TONTA TODAVIA PARA CONSERVAR SU PRESTIGIO DE MUJER HONRADA. ¿POR QUE NO ME ABANDONO EN ALGUN SITIO SOLITARIO E INSOSPECHADO?...

Fiel a la consigna de mi madre, había luchado y sufrido mucho. Ahora quería con el ejemplo empezar por destruir algo. No importa que Teresa sea mal mirada por las gentes que no comprenden el fin supremo de la vida. ¿Qué importa eso? — ¿Qué importa todo?

Empujé la puerta y al ver a mis abuelos en un coloquio íntimo creí que se trataba de mi próxima boda. Les dije afectuosamente: tengo todo listo, me voy esta tarde y no regreso hasta que vuelva con ella...

SEGUNDA PARTE

SEGUNDA PARTE

I

En el ángulo del estrado se revolcaba en lágrimas Teresa Mayorga. Tenía en brazos a Nanito. Los ojos del pequeño querían cerrarse vencidos por la miseria. De sus manecitas magras se escapaban interrogaciones sugestivas que confirmaban a cada paso las ventanas de miradas oscuras.

Había abandono y soledad. Muchos años ya. El Código de las Transformaciones había aplicado sus leyes ineluctables a los antiguos moradores y en todo aquel ambiente de casa campesina se hacía más visible mi ausencia.

Los hechos coincidieron en tal forma que las puertas de las supersticiones sonrieron invitando a entrar a los creídos.

Había contrariado a Froselia casándome con Teresa. Los primeros años vivimos felices. La tierra parecía producir sin mayor esfuerzo, sobraba algo de la cosecha, la moneda se conservaba con cierto valor adquisitivo.

Los vecinos decían entonces: "Tendrá que pagar su atrevimiento". ¿Cómo puede admitirse que un mozo joven se case contra la voluntad de los parientes y todavía por la ley?

El matrimonio religiosa es considerado indispen-

sable para la felicidad del hogar entre la mayoría de los chilotos. Hablar sólo de matrimonio civil significa ser incrédulo, y esto es lo peor que ha pisado la tierra.

Aún hoy el progreso es relativamente débil. Los padres narran enorgullecidos los hechos de su juventud, época singular en que la novia se conocía hasta en la noche de bodas.

El joven de edad competente quería casarse y salía en busca de compañera. Junto al padrino y amigos de confianza partía a caballo o en bote según se dirigiera al extremo de la isla o a otra circunvecina.

Se averiguaba donde habían "niñas" y si el padre de éstas otorgaba su consentimiento eran entregados los regalos que se llevaban expofeso.

Nada de esto había observado. Muertos mis abuelos, la miseria arropó mi hogar de modesto campesino y siguiendo el ritmo de mi espíritu aventurero zarpé para Magallanes, el país del vellocino para todos los chilotos...

Ese día el pedazo de "primerizo" (1) abrió sus flores rosadas con aire de timidez. El papal apenas asomado se vió pequeño; en los camellones las pisadas de las cabras, los cercos ladeados, el trigo y las papas de la cosecha anterior escaseando. Teresa desesperada.

¿Qué comer? — Sin embargo, una sonrisa dulce dibujaba en sus labios signos de alegría. El pequeño estaba pálido, pero reaccionaba favorablemente.

La compañera inseparable compartiría esa noche la pobre cena campesina. Aída, la maestra del lugar,

Quedaba un poco de carne, harina, arroz.

Mientras coció la cena ambas mujeres charlaron llenas de optimismo seguras de la mejoría del pequeño.

Teresa hizo recuerdos míos admirando mi fuerza de carácter para afrontar la lucha por el pan.

—Figúrese, Aída, que después de la muerte de los veteranos los herederos se repartieron cuánto había y

(1) Siembra de patatas que se hace con anterioridad a los papales.

nosotros quedamos con cuadra y media de tierra. Había que comprar otra por lo menos.

El fué a Osorno a trabajar en las cosechas, ganó poco, los patrones apenas pagan dos pesos y los hacen trabajar como animales.

La olla reía como loca despidiendo polvaredas azules. Las dos mujeres. El fogón devorando su presa. Los gatos hundidos en sus patas delanteras.

—Y tanta gente que va todos los años, respondió Áida. Estamos a mediados de Noviembre y ya se han ido más de siete chicos de mi curso acompañando a sus padres.

—¿Y si se quedan aquí, qué hacen, señorita? — El problema es más trágico de lo que usted pueda imaginárselo. Son contadas las personas que poseen más de cinco cuadras de terreno, de las cuales, por falta de medios como usted habrá visto, apenas si se cultivan media de trigo y media de papas. Y es mucho todavía...

—¿Y el vestuario? — Y las contribuciones de haberes? — ¿Impuestos a la renta, caminos? — Ya que no se puede sacar del suelo hay que jornalear y defender lo poco que todavía es nuestro.

Dijo ésto y quitó la olla del colgador. Las llamas libres atacaron a las penumbras enseñoreadas. Los gatos despezézaronse ñando por la comida.

—Pero qué curioso prosigue la maestra, esta gente se conforma con todo, no tiene aspiraciones, los únicos que vienen un poco despiertos son los que viajan a Magallanes.

Ante noche pasó un grupo, venían borrachos. Frente a la pensión, cuando no le abrieron, se fueron cantando:

"Hijo del pueblo te oprimen cadenas,
esa injusticia no puede seguir" . . .

Unas voces desentonadas reflejando debilidad en sus convicciones ideológicas. Pronto las ahogaron los ladridos de los perros. . . me refiero a los perros de los vecinos que cuidan las casas de sus amos.

—Claro, allá hay obreros luchadores que saben lo que legalmente les pertenece y los de aquí a veces se contagian.

No diremos de Julio porque ha sido rebelde toda su vida. Viera usted como el cura le tiene pica.

La maestra era una muchacha entrada en años que había recorrido muchos pueblos en el ejercicio de su profesión. Siempre se le veía callada reconcentrándose en sí misma. Su carácter robaba el corazón de cuantos la conocían. A pesar de ésto no constituía el tipo de maestra legalizada.

Llegó en la época precisa cuando las lenguas cantarinas de los insulares comentaban con escándalo mi actuación. Ella fué la primera amiga de mi mujer.

Una comprensión más clara de los problemas de la vida unió a estas mujeres desde el primer momento.

La pobreza campesina isleña era un libro abierto, ilustrado, aterrador, sobre todo para Aída que comparía aquella miseria colectiva.

A pocos metros de la ribera del mar se levantaba la casa escuela, entumecida y temblorosa como una vieja octogenaria. El tingle silbaba en las noches invernales imitando el gemido de los niños ausentes y el cuchicheo de los vidrios que aún permanecían en los marcos se achicaba dado el escaso número.

Había sido adquirida por los vecinos después de servir de cantina y casa habitación a uno de los pobladores del lugar.

Las puertas crujientes se abren hoy en cada mañana como dos alas maternas. Las risas destempladas de esos desposeídos de piees descalzos se entrelazan con la voz timbrada de la maestra, formando un haz de futuras proyecciones.

En el corredor hay durmientes y tablas en número apreciable que servirán para reconstruir lo más carcomido del edificio.

Faitan pocos para dar sus tareas. Veinte pesos por casa abierta.

Bastó una sola reunión convocada por el Inspector Escolar, para que se nombrara un Comité encargado de dirigir los trabajos.

Hasta Chiloé no ha llegado la Constitución Política en esa parte que dice: "La educación es una atención

preferente del Estado..." No hay en buenas cuentas construcciones escolares fiscales.

El bien intencionado deseo de librar a los hijos de ese hasta hoy inevitable peregrinaje a Osorno y Magallanes, hace que los padres luchen desesperadamente por construir casas para un mejor funcionamiento de las escuelas.

Cada padre piensa hacer de su hijo un señorito, un hombre que estudie para futre...

En general son pequeñas, desabrigadas en su mayoría. Eso está bien...

¿Y materiales de enseñanza? — ¿Papel, tinta? — La laja (1) y el carbón reemplazan a la tiza que sólo se conoce en los dos primeros meses del año

— "Quiero que mi hijo sea cura y me despida en la hora de la muerte, se escucha en las largas veladas de invierno. En el peor de los casos maestro, refuta el padre acomodándose para aprovechar mejor el calor del fogón".

Queda duda en todas partes. El chico entre tanto raspa las costras de sus pies sucios. La niña sacrifica las pocas chamizas que aún quedan.

— Pero éste después no va a creer en Dios... dice la madre medio pesarosa...

La noche avanzaba sin que nadie pueda detenerla y ambas mujeres habían conversado con intimidad de hermanas.

— ¿Está mejor Nanito? — ¿No es cierto? — Replica Teresa. Esos remedios que le trajo usted le hicieron mucho bien. Veremos mañana como amaneca...

La amistad entre estas dos mujeres se hizo más estrecha lo que contribuyó a aminorar los retoques de miseria cuajados en el lienzo campesino de las costas.

Estábamos al término de la temporada. Los via-

(1) Especie de arcilla de color blanquizo que para usarla se seca debidamente.

jéros arriban antes de la llegada del invierno; unos a ver a sus mujeres y los más, los solteros, a recorrer aquellas casas en donde se desparrama abundante chicha de manzana.

Teresa trabajaba en compañía de sus dos "peonas" que no pronunciaban palabra hasta terminar el camellón.

El papal es pequeño; pero el suelo está tejido de chéptica. Los gualatos embadurnados parecen macetas y no penetran en el suelo duro y pastoso. Muchos días de trabajo y pocas papas grandes.

Son los primeros días de Abril y ya el viento del norte viene galopando dispuesto a escupir gruesos goterones.

Pronto las feas noches interminables. Los fogones humeantes alumbrando apenas al viejo campesino que ha regresado de Osorno o Magallanes. La esposa y las hijas de pelo descuidado, las verdaderas mantenedoras de la agricultura isleña.

—Este año con tiempo hay que juntar harta lamilla y sargazo para hacer un "hurón" (1) grande, ahí está la base de todo. Yo, si Dios me ayuda y las fuerzas no me faltan, tendré que salir en Noviembre, ese tiempo ya hay trabajo, tenemos que salir cuánto antes de esas deudas...

Son los diálogos de invierno. Asentimiento obligado. La miseria.

Un día hubo alegría en casa de Teresa, llegó la maestra, el Nanito curioseaba un jersey nuevo que le aprisionaba los brazos. Hacía dos horas que el Tarapacá había anclado en el puerto proveniente de Magallanes. Un largo desfile de cacharpas y bolsas de lona. Mu-

(1) Depósito donde se amontona estiércol, pajas, hojas secas, lamilla, sargazo, etc. y se prepara el abono para las siembras.

chos pasajeros. Yo de nuevo hacía revivir la alegría en el hogar.

Casi comenzaba el invierno, vendría la primavera, luego el verano y el carrusel seguiría en su marcha . . .

CHILOE, tierra fecunda, capaz de alimentar a miles de hombres, abandonada en dolorosa miseria. De sus escuelas siguen partiendo cada año los nómades por el salario dispuestos a todo en bien de sus familias empobrecidas . . .

— F I N —

**¡HUACHA, AVARIENTA
COMO TU PADRE!**

(C U E N T O)

¡HUACHA, AVARIENTA COMO TU PADRE!

(Cuento)

Entre los cerros nevados de la Cordillera de los Andes, se levanta un pueblo pequeño muy visitado por turistas. Es un oasis de vida humana en medio del ruidoso cantar de las cascadas finísimas que se desgranaban de los cerros. Un inmenso Estuario bordea la población infundiéndole un aire de legendario misterio que va acentuándose a medida que el viajero recorre las ensenadas de costa cortada a pique y se detiene ante los coigües sumergidos que aún conservan sus añosas ramas verdes. En todas partes se advierte la obra magna de la Naturaleza cuajada de preciosas y múltiples tonalidades y, más aún, parece que desde los líquenes y musgos que luchan por su existencia en los altísimos cerros azotados de viento, hasta las topa-topas y demás flores silvestres que crecen al borde de la costa, entonanán un himno colosal, reminiscencias de los elementos enfurecidos cuando en épocas geológicas ignoradas rompieron las piedras y plegáronse las cordilleras para dar paso, en perenne y acantilada senda, a las aguas del Todos los Santos.

La quietud sobre todo en las noches de luna, es espectacular. Los peces que saltan cerca de la costa, la resaca a veces tímida y desconfiada que lame los peñascos y pilotes de las bodegas, forman la tónica de una grandiosa sinfonía.

Escuchar la muda canción del silencio frente a la

majestuosidad de los paisajes cordilleranos es algo indescriptible, algo que purifica, que mistifica: pero, si a esto agregamos la presencia de escombros dependientes de antiguos poderíos, la canción se torna dolorosa, más profunda, tan profunda como el propio misterio.

A menudo los cimientos de viejos edificios, las pilastras destruidas, se yerguen desafiantes y resignadas como mudos testigos de pasadas opulencias. Diríase una segunda y vieja Itálica adormecida de hielos y de hastío.

"Estos, Fabio, Ay dolor que ves ahora
campos de soledad mustio collado
fueron un tiempo Itálica famosa"

Las ironías del siglo XX se enseñorean en este ambiente repleto de sublimes manifestaciones naturales propio para una colonia de místicos tagorianos.

Mario Catrilef vivía aquí. Perteneciente a la reducción Cayupán, hoy totalmente destruida por la avaricia de los blancos, había abandonado a los suyos por una causa que nunca se supo ni él dijo jamás.

Desposado con Carmela Huirimilla construyó su casucha en un montículo a manera de meseta pequeña, bastante cerca del mar. Las olas en su constante murmullo, a veces agitadas por el viento sur que parece traer suspiros de corazones lejanos, adormecieron a Flor María desde sus primeros años. Fué la primogénita y única hija del hogar Catrilef-Huirimilla.

La naturaleza presenta ser caprichosa a veces. Sus múltiples fenómenos hoy sujetos a leyes bien definidas, sus fuerzas innatas que se manifiestan en diversos impulsos de vida, llaman la atención del hombre, quien trata de explicárselo de acuerdo con sus creencias y cultura. En veces el hombre inculto, el obrero y campesino analfabeto, apelan a infundadas supersticiones, a divinidades que no conocen.

Flor María era blanca, de facciones menudas, de cabellera clara y sedosa. Un rostro virginal, encantador...

Una desconfianza enorme, llena de cavilaciones surgió del alma sencilla de Catrilef con el nacimiento de Flor María.

Esperó el segundo hijo; pero como éste no vino nunca, su desconfianza creció más todavía.

Era un caso extraño, inexplicable. ¿Acaso no era él el verdadero padre de Flor María? . . .

Para Carmela Huirimilla el caso no era menos asombroso. Flor María constituía su diaria admiración y si no hubiera sufrido los dolores y las molestias del parto, probablemente no la habría tenido como hija de sus entrañas. Los celos lanzaron su grito mordaz y terrible.

Catrilef pensó desde el primer momento que su esposa lo había traicionado, pero se mordió la lengua para guardar la reserva.

La desconfianza se tradujo pronto en un odio terrible hacia el viejo Gerente de la Compañía Maderera del lugar. Era éste un caballero simpático, descendiente de fina sangre francesa, por lo que se le apellidaba de "El Francés".

Carmela lavaba una vez por semana en casa de "El Francés" y no era raro que éste la hubiera seducido para satisfacer sus apetitos.

Estas y otras cavilaciones se hacía Catrilef y cada día su obsesión llegaba a tal extremo que creía ver todas las dulces y simpáticas facciones de su Flor María en el rostro arrugado del viejo gerente.

Aunque mal nutrida, la niña creció lozana y sonriente como un soberbio botón de rosa roja. Tenía ya cuatro años y afanosa y juguetona corría a la playa dispuesta a ayudar a Catrilef cuando regresaba de la pesca.

En ese tiempo, como ahora, se consideraba una ofensa ser hijo natural. Las sospechas y cavilaciones de Mario Catrilef habían trascendido al público y los chicos con un dejo de desprecio le gritaban apenas la veían: Huacha, tu padre "El Francés".

Una mañana el caso fué por demás excepcional. Concentrábanse en la playa numerosas mujeres y niños en espera del "bongo" (embarcación hecha de un solo árbol al cual se le ha dado la forma de tal cavándolo interiormente) de Catrilef. Cada cual quería comprar los mejores congrios y robalos.

Dió la quilla en la arena.

—Este es mío papá, gritó Flor María, tomándose un gran congrio que pesaría unos nueve kilos. Mi mamá dijo que escogiera éste, prosiguió.

Las mujeres y sobre todo los chicos como más egoístas habían puesto los ojos llenos de envidia en el congrio que con más derecho debía llevar Flor María y le gritaron casi al mismo tiempo: "Intrusa. Quién debía ser. Huacha, avarienta como tu padre".

Mario experimentó una ira que apenas pudo contener; herido en su amor propio habría sido capaz de cometer un crimen si "El Francés" hubiera estado a su alcance. Pasó varios días malhumorado y por último todos sus odios se dirigieron contra su Flor María.

No la quiero ni ver: "Avarienta como tu padre"... repetía a cada rato en sus oídos algo así como una amenaza o como una maldición que gritaran a pulmón lleno todos los dioses conocidos.

Con sólo oír hablar de la avaricia de los blancos se ponía belicoso y se exaltaba tanto que inconscientemente pronunciaba discursos y arengas en su lenguaje nativo como si una inmensa muchedumbre lo escuchara en pie de guerra.

La madre comprendió pronto el poco y nada de cariño que el esposo tenía a Flor María y para evitar mayores disgustos resolvió enviarla lejos a casa de unos parientes.

Pronto Mario Catrilef olvidó a la bella hija y en sus oídos fueron resonando cada vez más débiles aquellas palabras que en otrora casi lo habían hecho enloquecer.

Sólo la madre lloraba a solas recordando a la hija ausente. Nunca perdió la esperanza de tenerla a su lado.

Flor María fué grande; sus parientes la enviaron a la escuela primaria del lugar y después al Liceo.

Educada en un ambiente más culto que el de sus primeros años, adquirió modales que le dieron mayor hermesura a su noble figura de mujer.

Conoció al joven Pavloni Tournel, muchacho inteligente que empezaba a descollar dentro del campo de sus actividades gremiales. Dibujante y pintor al mismo tiempo.

Los dos eran jóvenes y aunque ella no poseía la amplia cultura y conocimientos de Pavloni Tournell, no les fué difícil comprenderse y enamorarse.

Paseaban una tarde cerca de la playa disfrutando de sus caricias y mimos amorosos.

Tal vez forjaban proyectos para su vida futura como la mayoría de los enamorados.

De súbito Flor María se separó de los brazos de su amigo.

—No quiero que te acerques, retírate, soy una desgraciada musitó sollozando.

La cordillera lejana mostraba esa tarde sus conos pensativos empujados por la distancia y la brisa del sur, tibia y juguetona, empujaba a las lanchitas pescadoras que se perdían tras las islas como mágicas gaviotas.

—¡Huacha!, sintió gritar en la playa solitaria cuajada de luz.

Había recordado a los suyos, su desdicha, su madre. ¡Cuánto sufriría por su ausencia!... ¿Qué significaba el cariño de un hombre que tal vez se extinguiría con la tarde?...

Pavloni Tournell la quería de verdad. Turbado ante la repentina actitud de Flor María hizo todos los esfuerzos por descubrir los motivos de tan brusca determinación.

Ella, entre suspiros y lágrimas, le contó la historia.

Al año siguiente, desposados ya, resolvieron visitar el hogar Catrilef-Huirimilla. Llegaron una noche cuando la buena viejita luchaba con el sueño, cabeceando al lado del fogón. Esperaba a Mario que no tardaría en regresar de la pesca.

El cuadro fué indescriptible, emocionante. La anciana sufrió un cambio tal que cualquiera hubiera asegurado que sus 65 años habían decrecido hasta los 50.

Transcurrieron varias horas. Parece que alguien comunicó a Catrilef el arribo de los dos visitantes.

Al llegar a la playa echó las redes a tierra, entregó los peces a sus dos compañeros de trabajo y sin decir palabra, mudo, condujo la embarcación hasta una gran piedra que se levanta frente a la calle de "La Marina".

Los hombres se miraron espantados, creyeron percibir un ruido de remos. En seguida varias imprecaciones saturadas de aire indio. Luego un grito feroz: "Huacha... avarianta como tu padre"... que el eco repitió largamente hasta confundirlo con el clamor de la resaca lejana.

Alguien me refirió esta historia y a veces cuando las circunstancias me arrastraban a contemplar las bellezas panorámicas del Estuario, pensaba en el inmenso odio que Catrilef tenía reservado para los blancos, y ahí solo, pensativo, creía oír a la distancia su voz fatídica y sentenciosa que repetían los peñascos de la playa: HUA-
CHA, AVARIANTA COMO TU PADRE...

O. SALZZU BENAVIDES.

DOS CAMINOS...

(CUENTO)

DOS CAMINOS . . .

(Cuento)

Nadie hasta ese momento había dado su opinión.

El padre contrariado se descalzó las ojotas, sacudió rabiosamente los trapos viejos que le desempeñaban el papel de calcetines y los fué disponiendo uno a uno junto a la lumbre.

—Estos siempre quieren ser pobres, quieren vivir en la miseria, murmuró con tono acusador. Un tono que reflejaba odio por todo lo que fuera pobreza, esclavitud económica.

Quedó un momento suspenso como quien está desenredando recuerdos.

Esa mañana por segunda vez había sostenido una larga conversación con Lorenzo Cárdenas. De esas conversaciones abultadas que suelen propinar los campesinos que viven un poco mejor que los demás y que siempre van encaminadas a despertar envidias atormentadoras.

Le había referido las condiciones de pobreza, de jornalерismo en que vivían antes de tener un cura en la familia. Cuadros grandes para Chiloé Insular, para ese Chilcécé parcelado como un mosaico, cuadros ajenos al pasatiempo común, que hirieron con su silueta extraña las pupilas amarillentas del viejo.

—Quién fuera capaz . . . se dijo para sus adentros. Muchos sacrificios talvez; pero en seguida barrer con todo . . . al final o'gura, descanso para mis huesos . . .

Ahora entre los suyos nadie quería imaginarse un sacrificio soñando con él.

Isabel, su compañera, siempre había aceptado sus proyectos sin la mayor contrariedad; pero ahora esa intuición única de las madres le aconsejaba lo contrario.

Ella era de pequeña estatura, melena desgredada y parduzca, con unos ojos negros que hacían pensar en sus años de mocedad.

Juntó los tizones y la ollita de fierro repleta de papas lanzó una débil sonrisa que hizo exclamar a la mujer: "Al fin vas a hervir, diablo".

Dió algunas vueltas sin sentido, pateó un perro que se rascaba frente a la puerta y con aire masculino, casi desafiante, echó en la olla un puñado de sal blanca.

En sus veinticuatro años de vida de casados, había logrado conocer bien a su esposo. Advertía con anticipación las crisis nerviosas que le eran características y los motivos que siempre buscaba para hacerse mala sangre: esperar que se extravíen los animales en esas tempestuosas tardes de invierno, salir con débil pretexto a mojarse bajo la lluvia, y, en seguida, quejarse de su propia pobreza como si la esposa o los hijos fueran los culpables.

El viento y la lluvia que abofeteaban las paredes apuraban ese día la caída de la tarde. La cocina medio llena de humo y sombras como un buzón de barrio pobre apretaba suspiros, opiniones y gemidos que ya querían escaparse.

—¡A ver dónde está ese que quiere ser agricultor! Aquí no hay leña; gritó en forma destemplada el viejo.

—¡Afuera perro, retírate!...

Sus ojos encendidos se clavaron como dos linternas en las mejillas enlgrimadas de Rafael. Una carita demacrada, tímida, producto de esa educación ejemplar que dan aquellos que toman muy a pecho su estado civil...

La mujer hablaba esta vez extraordinariamente, dispuesta a impedir toda aventura.

Si después el hijo no quería seguir, si abandonaba el Seminario antes de "ordenarse", ¿cómo continuar viviendo con su marido?... Un purgatorio en vida le esperaba hubieran argumentado las abuelas

Entre tanto, toda de una sensación de miedo se apoderaba de los chiquitines menores. Presenciaban una tempestad familiar más intensa y catastrófica que otras veces. Acaso un derrumbamiento definitivo e inevitable. El terror.

La noche caía sobre los corazones como un enorme fardo negro, pesado, amargo de tanta autoridad paternal. El silencio tan propicio para ahondar en reflexiones se presentaba esta vez agresivo, crudo, derramando su cántaro de hiel sobre la merienda triste. Unas miradas oblicuas bajo los párpados. Sollozos contenidos. Silencio.

El pequeño Rafael frente a la equis de su vida rompió en copioso llanto. Lágrimas preñadas de calor que al surcar las mejillas hablaban en un lenguaje de rebeldía contenida hacia algo indecifrabable que la escasa edad no le permitía vislumbrar.

---Iré entonces, murmuró tímidamente.

Era su voz trémula como el parpadeo de una llama que asalta un viento suave. Un iré que encerraba todo un renunciamiento, una separación para con los padres y hermanos.

El viejo permaneció callado. El viento resolló a ratos en constante conversación con la lluvia. Los tizones espiraron en un montón de ceniza gris. . .

.....

El tiempo transcurrió para la mayoría de los campesinos con la indiferencia y monotonía del que nada bueno espera en este mundo. En el reducido relieve de la Insula brotaron las manchas de trigo, amarillas y raquíticas, al lado de los tallos verdes oscuros de los papales. Muy próxima, la casuca humeante protegida por gruesos arrayanes. Un quiltro bullicioso e inofensivo, tres o cuatro gallinas, a veces un chancho de meses. . .

El deseo de ver recompensados los desvelos redobla los bríos hasta el sacrificio, modifica hasta cierto modo nuestro carácter desenterrándolo de la vulgaridad. El veterano pasaba por este período que pudiera-

mos calificar de obsesionante. Cuando el cansancio amenazaba devorarlo, un sacerdote grande, gordote, adornado con la cara de su hijo parecía saludarlo en la penumbra.

—Muchos sacrificios talvez; pero en seguida barrer con todo . . . Al final olgura, descanso para mis huesos . . . repetía en su interior. Suavizaba así aquel cuadro de miseria campesina con la esperanza de que Rafael cursaba su cuarto año de estudios en el Seminario. Pronto sería respetado por los insulares, no tendría que trabajar . . .

En ese año los jóvenes seminaristas tuvieron veintisiete días de vacaciones. Libres como los pájaros que por casualidad escapan de la jaula, corrieron hacia los suyos caminando en tierra firme, sendas cubiertas de guijarros, flores silvestres en algunas partes, charcos difíciles de salvar en otras. Atrás el Seminario abrazado en una incógnita mirando con ojos anónimos, escrutando el porvenir . . .

El viejo abrazó al hijo con respeto. La alegría inocente de los pequeños enmudeció con la llegada del huésped al que inspeccionaron con ojos desconfiados. Se sabían pequeños, disminuidos ante aquel que ahora cargaba sotana. Habían observado siempre que los campesinos del lugar, colorados de vergüenza y tropezándose de turbación, se descubrían ante el cura mientras él apenas despegaba los labios para contestarles. ¿Cómo no comportarse así con el futuro sacerdote? . . .

—Ya, chicos, lávense bien. Luego querrán andar con su hermano y con sus manos sucias le van a manchar la sotana. Como de costumbre un tono agrio que trató de disimular. Había que cumplir, había que acompañar al hermano de cara y manos limpias, de cabello bien peinado. Un caballero igual que esos del pueblo.

En verdad ese: "iré, entonces" . . . empezaba ahora a tomar su verdadera significación; había sido la separación de los hermanos, un adiós por distintos caminos que con el correr de los años podía convertirse en un grito clamando venganza. Rafael comenzaba a comprenderlo y empezó a ponerse triste. Repasó uno a uno

los cuadros cenicientos del ayer y en cada uno de ellos, como en las páginas de un libro sabio, halló una lección más honda, más humana que aquella que acababa de aprender en el Seminario.

Fué de extrañar la tranquilidad del hogar postrado en el solemne respeto. Las risas de los chicos fluían desconfiadas como si tuvieran miedo quebrar un pacto de buena conducta.

Y todas estas rarezas eran lanzas que traspasaban el corazón del joven estudiante. La ausencia de cuatro años había acentuado su cariño familiar extendiéndose para todo eso que le era suyo y que guardaría quizás las huellas de sus pieses descalzos e inseguros de muchacho. El papal pequeño, la huerta, el patio, el camino que conduce al pueblo, las lomas florecidas . . .

.....

Los ojos de Sara, relucientes de primavera, encontraron un día a Rafael. No se habían visto desde que éste dejó el campo para internarse en el Seminario.

¿Cómo te vá, chiquilla?

Unas mejillas ruborizadas fué la contestación primera.

—¿Me tienes vergüenza?

Le tendió la mano.

Se saludaron.

Aquellos dos condiscípulos, compañeros de camino y de juegos ni siquiera, mutuamente, dedicaban un momento a recordar su vida de escolares.

Un abismo los separaba.

—Usted anduvo bueno por ahí, señor.

La chomba roja, con sus miles de ojos indiscretos, aprisionaba un cuerpo que nada sabía de cariños responsables de formas y de líneas.

El alma suelta de las islas, intacta, frente a la moderna que movió las manos del sastre especializado. Manos agrietadas como la tierra partida por el arado y el gualato, cabellera suelta como el viento austral que solloza ante la resistencia de los bosques verdes que le

cierran el paso, frente al cutis fino y limpio del señorito, indumentaria de tradicional respeto, pieses tibios bajo el betún que manchó los dedos del hermano...

—Tenemos que acarrear "fajina" (1) esta tarde señor.

—Pero, no se vaya tan pronto. Cuente por qué no siguió en el Liceo.

Sara, al escuchar esta pregunta debió sentir rebel-
día, porque la faz de su rostro lo dijo elocuentemente.

—¿Contra quién?...

—El Liceo está abierto para todos. Pero sin uniforme, sin libros, sin pagar la matrícula no se puede ser alumna.

—Bueno. Mi papá está cercando lo que rompieron los bueyes anoche, sino alcanzamos a certar amanecen otra vez...

—Pero, cómo... se va a ir...

—Hasta otro momento, señor...

La voz de la muchacha se escapó sublimada de respeto. El trabajo lo esperaba y, más que todo, su pollera le parecía más vieja al contrastar con el negro fino de la sotana. Sus pantorrillas embarradas. ¿Qué pobre e

insignificante se sintió!

.....

—¡Deja ese lugar para tu hermano! No seas mal educado. ¿Ya no sabes respetar!

Como si las circunstancias fueran leyes que afectan a ciertos hombres para encauzarlos hacia su verdadero destino histórico, habiáanse presentado esta vez para Rafael demasiado reveladoras.

Sus ojos no decían que había llorado; pero estaban tristes e indecisos. Las vacaciones habían sido crueles y al fin tocaban a su término. Qué feliz habría de sentirse en el Seminario sin esas miradas de respeto que lo herían en lo profundo; sin privilegios a los que no estaba acostumbrado.

(1) Rama que sirve para hacer un cerco ligero.

¿Adónde huían esas alegrías de muchachos, esas horas que soñó plácidas bajo las garras del libro?—Sus hermanos parecían no quererlo. Usted, le decía el padre, la madre, los hermanos, los vecinos, los amigos de infancia.

Sara, ni siquiera le había aceptado una conversación. Le oyó decir, señor, muchas veces, tímida, avergonzada.

—Lo que son las cosas. Isabel, ya este niño lleva cuatro años corridos, prosiguió el viejo iniciando la conversación de buen tono.

"Muchos sacrificios talvez; pero en seguida barrer con todo... Al final olgura, descanso para mis huesos"... pensó como siempre...

—¿Qué le pasa a usted? interrumpió sobresaltada la madre fijándose atentamente en Rafael.

Escena terrible, inesperada.

El joven estudiante lloraba como cuando pronunció ese: "Iré... entonces", que hoy comprendía fatal. Su mirada preñada de lágrimas, llena de cariño y compasión envolvía a sus hermanitos.

Estos lo miraban asustados sin poder comprender.

—Nadie me quiere. Estoy solo en el mundo. Parece que todos me aborrecen.

—¡Cómo te aborrecen! Gritó maquinalmente el viejo. Usted es otro hijo, ya no es como nosotros. Mañana serás un hombre que vale mucho.

Y el padre se lo repetía!... que valdría mucho!... que era otro!...

La madre temblaba al retener una lágrima en un desbordamiento de cariño y temor.

—No voy más al Seminario; prefiero quedar trabajando aquí con mis hermanos, como Juan, como Sara...

—¿Qué dices? — ¡Es posible! Resonó la voz del padre tan fuerte y amenazadora como el trueno.

—No quiero verme abandonado por los de mi casa, gimió Rafael ahogando un sollozo.

El viejo quedó clavado con figura de idiota. Un temor en las caras de la madre y los niños.

Todos mudos. Tempestad familiar cruel.

—No vuelvo aunque me maten. Yo quiero a mis hermanos y no es posible perderlos para siempre.

—¡No sabes que vas a ser otro saliendo de aquí, de estos campos, pedazo de bruto! . . .

—¡Qué palabras son esas! protestó Isabel indignada.

Los chicos tiritaron.

—¡Calla! — Todos ustedes son cómplices. ¡Animales! Quieren que yo muera trabajando.

La casa entera pareció estremecerse. Los sollozos de Rafael rasgaron el ambiente.

—¡Nó! — No quiero alejarme de ustedes . . . No he nacido para señorito. No voy. Amasaré la tierra como todos. No quiero vivir engañándome . . .

(FIN)